



La posición política del periodismo, tomar parte por las víctimas

Andrés Puerta*

Medellín fue la ciudad más violenta del mundo. Entre 1995 y el 2013 hubo más de 90 mil homicidios, la cifra de muertos crecía cada año y se hizo más grave en 1991 cuando se registraron unos 4 mil asesinatos, algo así como el accidente de 27 aviones Boeing 737. La situación de desesperanza y crueldad únicamente puede compararse con las vividas por las ciudades mexicanas de Ciudad Juárez y Tijuana.

Un agravante es que la mayoría de los muertos eran menores de edad, que eran parte de un ejército de niños sicarios que vivían muy pocos años, a cambio de dinero y prestigio en sus barrios. Uno de los grandes problemas, que aún no se ha erradicado, fue enseñarle a esos niños que podían tomar un atajo para poder tener una moto, ropa, comprarle una casa a su mamá o conseguir la atención de la joven más bonita del barrio, en lugar de estudiar o un ascenso en un trabajo que les tomaría años.

En uno de los aspectos en los que se vio más afectada la sociedad colombiana fue en el periodismo. Carlos Mario Correa vio la muerte de cerca varias veces, él era corresponsal en Medellín del periódico *El Espectador*, reconocido por haber denunciado y estar en contra de la participación en política que tuvo Pablo Escobar Gaviria, quien incluso llegó a ser Congresista de la República.

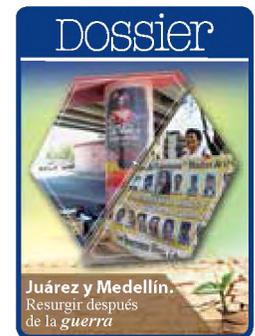
La primera vez que tuvo la muerte sobre su cabeza estaba siguiendo una costumbre que había adquirido desde niño: comprar el periódico. Cuando llegó al negocio de las hermanas Mejía (quienes eran distribuidoras de diarios desde mediados del siglo), dos adolescentes bajaron de una moto y lo empujaron al piso, le pusieron un revólver en la cara y le pisaron el pecho con unos tenis que todavía olían a nuevo (seguramente parte del pago por su muerte, que olía a

caucho y pegante). Lo único que lo salvó es que una de las hermanas Mejía reaccionó y les dijo a los jóvenes que él ya no trabajaba en *El Espectador*, que era el carnicero del pueblo, como lo comprobaron varios transeúntes. Carlos Mario desempeñaba este oficio para ayudarse a pagar los estudios de periodismo.

La segunda vez fue una semana terrorífica para *El Espectador*, habían matado al jefe de circulación, Miguel Soler y a la gerente regional, Marta Luz López. Sobre la cabeza de todos estaba el fantasma de la muerte que los rondaba, había intimidación telefónica, y amenaza de bombas. Organismos de inteligencia tuvieron que tomar las instalaciones del periódico y trasladarse a trabajar desde la clandestinidad, después de que el cártel había volado en pedazos la sede del periódico en Bogotá y habían asesinado al director, Guillermo Cano.

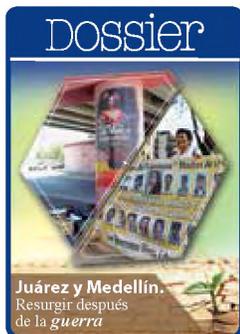
Justo en la clandestinidad llegó la tercera vez que la muerte tocó a su puerta. Un medio día salió a almorzar, como de costumbre, y sintió un alboroto de proporciones mayúsculas en el mismo edificio en el que trabajaba. Explosiones, disparos. Afuera hombres vestidos con uniformes militares y periodistas que se sorprendieron al verlo adentro (en el lugar mismo de la noticia), ninguno sabía que desde allí desempeñaba sus labores. El Bloque de Búsqueda (un organismo especializado para la lucha contra el narcotráfico) había matado, allí mismo, a Mario Alberto Castaño Molina, alias "el Chopo", jefe terrorista del Cártel de Medellín, un hombre con el que se había cruzado varias veces en la portería, que lo estaba buscando para matarlo, pero que no lo conocía. Desde Arthur Conan Doyle se sabe que las cosas hay que esconderlas en el lugar más obvio para que sean más difíciles de encontrar.

Hubo una época en la que la labor de *El Espectador* fue bastante solitaria; otros medios, intimidados por el poder destructivo, no fueron tan vehementes en sus denuncias, y otro pecado que cometieron fue no ponerse de parte de las víctimas, en un



Fecha de recepción: 2017-05-05
Fecha de aceptación: 2017-05-22

*Doctor en Lenguajes y manifestaciones artísticas y literarias por la Universidad Autónoma de Madrid. Docente-Investigador de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Medellín.



compromiso político del buen periodismo. Especialmente del periodismo alejado de las urgencias diarias, el periodismo narrativo que pretende dejar una huella de la sociedad a la que retrata.

Esa es una de las grandes diferencias con el periodismo mexicano; Medellín ha sido un espejo en el que México se ha mirado desde hace varios años. La han tomado como ejemplo, porque se han podido superar muchos problemas y también porque se intenta evitar errores que se cometieron en la ciudad colombiana. Los cronistas mexicanos tuvieron claridad desde el principio en que iban a contar las historias de las víctimas desde la perspectiva de ellas.

La situación de violencia que vive México en la actualidad ha hecho que muchos de los esfuerzos periodísticos y de la crónica se concentren en contar qué está pasando, en ponerse del lado de las víctimas para narrar sus horrores, para contar lo que han tenido que vivir.

Dentro del grupo de cronistas de la nueva generación que han contado la violencia de lo que los mexicanos denominan "el Narco", se destaca el trabajo de Marcela Turati, quien se ha convertido en una abanderada de las víctimas del conflicto y también en una vocera de la libertad de prensa. Ha ganado múltiples premios y becas, también ha sido amenazada en reiteradas ocasiones:

[...] ahorita lo de la violencia nos cambió muchísimo. Nosotros siempre íbamos a los talleres y congresos de periodismo y los mexicanos éramos los últimos de los últimos [...] éramos los únicos que no teníamos libros escritos [...] Con lo de la violencia nos tocaba a nosotros empezar a contar y a producir crónicas para contar nuestra guerra, por lo menos yo por la urgencia escribí el libro que escribí, pero se hicieron libros colectivos, los editores pedían libros del tema porque nadie entendía nada, los libros de los Zetas y casi todos los escribimos como rápido y ya la gente empezó a decir: ¡Ah qué buenos cronistas!, y nos da risa por-

que sentimos que fue por la urgencia y la necesidad y que esto nos cambió y nos hizo ser distintos, crear crónicas cada vez más ambiciosas, figurar en foros, ganar premios internacionales.¹

Marcela Turati es, además, líder del colectivo *Periodistas de a pie*; ha viajado por el mundo contando la manera en la que se deben contar los temas relacionados con el conflicto, con un respeto reverencial por las víctimas y con unos contextos que permitan entender más allá de los hechos puntuales:

[...] hay ciudades donde ni siquiera los muertos se pueden contar y este ejercicio de por sí es importante, es conservar una memoria [...] hay que hacer que la gente entienda y comprenda procesos porque la sociedad no siente empatía por un número, porque si tú dices masacraron a 72 personas dicen bueno, pero si dices eran inmigrantes ya te cambia un poco; pero si dices entre ellos iba Yeimi, que era una niña de 15 años y que venía de tal lado y las historias más o menos de vida, entonces sientes una empatía y apelas como la humanidad, como al ser humano y piensas que pudiste haber sido tú, por eso es importante la crónica.²

Además de contar las historias de las víctimas, han dado un paso muy importante al retratar las características particulares de los victimarios y también las profundas relaciones que han tenido con el Estado:

Está bien hacer testimonios de las víctimas, pero creo que más allá también ver las responsabilidades del Estado cuáles son, también hablar de colectivos, no de víctimas como si fuera un caso aislado, porque a eso tienden mucho los cronistas.³

Sin duda, vivir con la violencia cara a cara transforma, hace que cambie la manera de mirar y también de afrontar la vida, cambia dinámicas, maneras de trabajar. También cambia la manera de mirarse a uno mismo

¹ Marcela Turati, Entrevista realizada por el autor del artículo en Medellín, Colombia, en noviembre de 2013.

² *Idem.*

³ *Idem.*



y eso le ha pasado a Marcela Turati:

[...] en varios casos la cobertura de la violencia me ha cambiado la identidad de lo que era, de la periodista que era a lo que soy, de varias maneras. Una, por aceptar tanto dolor en tan poco tiempo y sin poder procesarlo porque estás haciendo una cosa tras la otra, el contacto con las víctimas me parece que me ha cambiado; la otra es una red de periodistas que nos dedicamos a defender la libertad de expresión, a exigir justicia [...] le escuché a Hollman Morris (periodista colombiano) que tardaron muchos años [...] en ver a las víctimas, entonces nosotras nos prometimos que no nos iba pasar lo mismo, nosotros nos propusimos que los que iban a contar la historia no iban a ser sólo las policíacas, sino las que cubríamos temas sociales y las que lo hacíamos desde la clave de la crónica.⁴

El problema se ha hecho tan grave que incluso han tenido que cambiar las dinámicas en la manera de contar las noticias y las historias. Algunos periodistas han sido asesinados, otros han tenido que huir porque han sido amenazados, algunos han tenido que privarse de contar información que poseen por miedo. Esto ha hecho que la gente común también trate de contar lo que le está pasando:

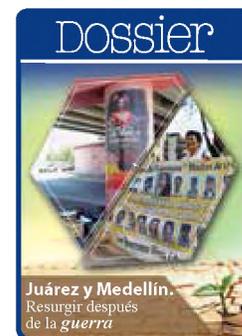
[...] hay diarios que se inventan páginas de internet del lado texano, sin que los detecten que son ellos y las noticias se publican desde el lado texano [...] Otra es que los periodistas le dan la información a un corresponsal extranjero, a otro medio que pueda publicarlo y uno ya no más publica que el otro lo publicó. Es como trabajar en equipo, digo las exclusivas llega un momento que ya no te importan, lo que importa es sacar la información y los ciudadanos cuando ven que no consiguen una prensa que está sometida, utilizan mucho las redes sociales y vemos en *YouTube* videos de ciudadanos que salieron a grabar los muertos de anoche que el gobierno niega, *tweets* contando balceras, donde

hay hombres armados, lo que los medios ya no hacen, vemos *blogs* donde la gente cuenta sus cosas y eso ha sido muy importante.⁵

Sergio González Rodríguez⁶ es otro periodista que se ha destacado a la hora de contar sus historias acerca del "Narco", y fue especialmente notorio cuando contó la historia de una serie de *feminicidios* en Ciudad Juárez. Cuando estaba investigando lo abordó un grupo de hombres armados, le golpearon la cabeza con la cache de un revólver hasta dejarlo inconsciente, antes le habían enterrado un picahielo en la pierna. A pesar de lo que vivió siguió con su trabajo. Ha sido ganador del premio Anagrama de ensayo por su obra *Campo de guerra* "Una vez entrevisté a un decapitador. El tipo me hablaba de cortar cabezas como si comentara una receta de cocina. No tenía remordimientos. Era un burócrata del mal, como decía Hannah Arendt".⁷

Otro cronista destacado en México a la hora de contar las historias que ha producido la violencia es Alejandro Almazán, quien piensa que los medios están repitiendo el discurso oficial, están ocultando muertos. Unos periodistas que, piensa, ni siquiera salen a la calle:

[...] desde el centro del país se trata de explicar un problema que empezó en el norte, bajó al sur y que se apoderó del centro. No se puede contar una historia desde el centro, hay que ir al norte y hay que ir al sur, y estos *comentócratas* son los que ayudan a difundir esta versión, de ya no hay guerra, de todo chévere. Está otra gente que está haciendo el periodismo tradicional, investigación tradicional, que saca documentos, que revela, que fulanito y mengano están en la nómina de x o y narco y ellos siempre son los que impactan, los que están en las primeras planas y generan dos, tres semanas de alboroto informativo. Hay otros que también están dando golpes, pero que son más teledirigidos, nadie te da un expediente gratis, te lo están dando por algo y hay colegas que hacen eso,

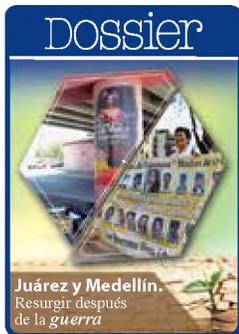


⁴ *Idem.*

⁵ *Idem.*

⁶ Sergio González Rodríguez falleció en la ciudad de México el 3 de abril de 2017. (Nota del editor).

⁷ Sergio González, Conferencia en Buenos Aires, Argentina, 2014.



también es válido. Hay otro periodismo, hay otros cronistas que están yendo a los lugares, porque viven en el DF, y vivir en el DF es una ventaja sobre muchos.⁸

A veces el discurso oficial trata de simplificar lo que sucede, no se detiene en todos los tentáculos que tiene el tema del narcotráfico, en su poder corruptor. Tampoco las historias se detienen en las particularidades de cada grupo delictivo, en México hay varios cárteles y cada uno tiene su modo de operación, los métodos de intimidación con los que pretenden sus logros:

El problema del narco en mi país no son unos rancheritos que bajaron de la sierra, es toda una empresa, donde están los más ricos de mi país, los políticos, los policías, los militares, todos los que tienen de alguna manera un poder, todo el mundo sale ganando, entonces cuando le cuentas esto a la gente, lo entienden mejor [...] Cuando Calderón lanzó su guerra contra las drogas muchos no entendieron que no es una guerra contra las drogas, es una guerra por las drogas, es una guerra por el control de las drogas [...] Prefiero encontrarme a un narco de Sinaloa que a un Zeta (qué paradoja), los dos me van a matar; pero el segundo me va a cortar la cabeza y va a subir el video a *YouTube*.⁹

Los cronistas mexicanos han producido en los últimos años, una gran cantidad de textos. Las guerras entre los cárteles y la cruzada que emprendió el gobierno de Felipe Calderón Hinojosa para tratar de erradicar el narcotráfico, generaron una ola de violencia que ha incluido decapitaciones, *feminicidios*, linchamientos, torturas; en muchos casos el Estado ha sido cómplice por su alianza con los cárteles. El caso mexicano, que no es exclusivo de México y se ha vivido con una crueldad similar en países como Colombia es atroz, porque los cárteles han empleado macabros recursos de persuasión, extralimitan la fuerza, recurren a la crueldad y la tortura porque aparte de cobrar sus cuentas quieren amedrentar a la sociedad, enviar un mensaje de terror y

sangre que haga evidente un poder que no puede ser combatido por el Estado.

Antes el narcotráfico era un problema regional en México. Ahora que está presente en casi todas las esferas de la sociedad, la gente no es consciente de su gravedad. Muchos pretenden aislarse en una especie de burbuja hermética en la que no escuchan y no ven la voz y la sangre de los muertos; pero al final se entiende que no sólo es un problema mexicano, aunque mucho se ha avanzado en Colombia. Este año, por ejemplo, se dio un récord en producción de coca y el fenómeno se extiende con su poder corruptor por toda América Latina.

⁸ Alejandro Almazán, Entrevista realizada por el autor del artículo en Medellín, Colombia, en noviembre de 2013.
⁹ *Idem*.